

colonias de Nueva-York, Maryland y las dos Carolinas, tres de Nueva-Jersey, dos de New-Hampshire y otros dos de Rode-Island. Este número de cuarenta y ocho debe ser fijo, y ninguna colonia estará representada por más de siete individuos ni menos de dos. El Consejo cuidará, por punto general, de la defensa de las colonias, y al efecto debe suministrar hombres y dinero, inspeccionar las fuerzas de las colonias, expedir las órdenes necesarias y atender, en fin, al bienestar comun. Dicho Consejo tendrá un presidente general nombrado por la Corona, el cual podrá aprobar ó desestimar los actos de aquél, y no se nombrarán oficiales militares sin el consentimiento de dicho presidente.»

«Tal era el documento, que puede decirse sirvió de base para lo que habia de ser la constitucion de los Estados-Unidos (1).»

Sin embargo, este proyecto no fué apoyado por ninguna de las Asambleas coloniales, ni por la Junta superior de las colonias.

Franklin decia veinte años despues, refiriéndose á este asunto: «Las Asambleas opinaron que en aquel documento habia demasiada *pre-rogativa*, y en Inglaterra fueron de parecer que era excesivamente democrático.»

Debe suponerse que el gobierno de la Gran Bretaña no tomara á bien la union de las colonias, calculando que esto podria darles á conocer su fuerza, y sugerirles la idea de romper los vínculos que las tenia sujetas al predominio de la metrópoli, proclamándose independientes. Lo cierto es que despues de reflexionar con madurez, resolvióse continuar la guerra con tropas reales, debiendo facilitar las colonias cuantos auxilios fuérase posible.

Aún no era un hecho oficial la declaracion de la guerra entre Inglaterra y Francia, por más que los enemigos se inquietaran mutuamente; pero como esperábase que de un momento á otro se romperian sériamente las hostilidades, los gobernadores reales de las colonias se apresuraron á tomar disposiciones para proceder á la organizacion de una milicia, y viéronse en esta parte secundados con la mayor eficacia, lo mismo por las colonias del Sud que por las del Norte.

Noticiosos de que preparábase en Brest una escuadrilla francesa con cuatro mil hombres de desembarco, envióse al almirante Boscawen para que procurase interceptar su marcha; mas

(1) Hildreth, *Hist. de los Estados-Unidos*, tom. II, pág. 443.

léjos de conseguir tal objeto, no pudo impedir que la mayor parte de aquellas fuerzas desembarcaran en el Canadá y en Luisburg, cayendo únicamente uno ó dos de aquellos buques en poder de los ingleses.

Disgustado en extremo se andaba en tanto el gobernador Dinwiddie, porque la Asamblea no se habia dignado aprobar ciertas disposiciones que tomara, y en todos sus despachos no cesaba de consignar sus repetidas quejas. De poco parecia que habian de servirle, cuando por fin resolvióse por unánime votacion levantar un considerable contingente de hombres, y para evitar toda suerte de disputas que pudieran suscitarse á causa del rango y la preeminencia de los oficiales, publicóse una orden general, segun la que se concedia á los oficiales del rey que fueran preferidos, sin excepcion alguna. Esta medida hubo de disgustar en gran manera á Washington y los suyos, y, llevado de un impulso de su ofendido amor propio, presentó sin vacilar la dimision.

En su consecuencia, nombróse al general Braddock comandante en jefe, el cual dirigióse á principios de 1755 á Chesapeake con dos regimientos de tropas inglesas.

Nueva-Inglaterra recibió orden de alistar dos mil hombres, y tres mil Pensilvania.

Braddock celebró una junta en Alexandria con los gobernadores de las colonias, y se acordó organizar tres expediciones, que debian ponerse en movimiento sobre la marcha: la primera, al mando de dicho jefe, debia dirigirse contra el fuerte Duquesne, para arrojar á los franceses del Ohío; la segunda, á las órdenes del mayor general Shirley, marcharia contra el Niágara, y la tercera, mandada por Johnson, se encargaria de apoderarse de Crown Point, fuerte situado en la orilla oriental del lago Champlain.

Asegúrase que Braddock era un valiente militar, que se habia distinguido en los campos de batalla; pero tenia el defecto de no conocer el modo de guerrear en el Nuevo-Mundo, y lo que era peor, de no querer admitir consejos de los más entendidos que él en esta parte. Sumamente contrariado por la lentitud con que se desempeñaba el servicio, y en particular el de trasporte de bagajes, no le era posible disimular su enojo, y consiguió indisponerse con todos, mostrándose de cada día ménos inclinado á escuchar ninguna suerte de advertencias.

Franklin fué á visitarle en Fredericktown, en cumplimiento de su deber como director de

correos, y le ofreció sus servicios respecto á la expedicion de partes, mensajes y todo cuanto dependiese de su ramo, permitiéndose hacerle algunas indicaciones sobre los peligros que habia de ofrecer la guerra que iba á emprenderse. Braddock aceptó gustoso tales ofrecimientos, y unos días más tarde le dijo hablando de su plan de campaña:

«Despues de tomar el fuerte Duquesne, pienso dirigirme á Niágara, y luégo marchar sobre Frontenac, si el tiempo lo permite, lo cual es probable, porque Duquesne no me detendrá más que tres ó cuatro días, y en este caso no veo inconveniente en continuar mi marcha hácia Niágara.»

Y añade Franklin:

«Habiendo reflexionado cuán larga era la línea que tenia que recorrer el ejército por un sendero muy estrecho que debian abrir los soldados á través de los bosques, y recordando la derrota que sufrieron mil quinientos franceses al querer en cierta ocasion invadir el Illinois, concebí algunos recelos y temores acerca del éxito de la expedicion; pero no me atreví á dirigirle más que estas observaciones:

»Es indudable, señor, que si llegais sin contratiempo á Duquesne con esas brillantes tropas y tan provisto de artillería, no tardará en caer en vuestro poder el fuerte, por más que esté muy bien fortificado y tenga una numerosa guarnicion; pero en mi concepto las emboscadas de los indios son un grave peligro que puede oponerse á vuestra marcha. Esos salvajes, por su rara destreza y conocimiento del terreno, pueden interceptar la estrecha y prolongada senda que ha de recorrer vuestro ejército y caer de repente sobre el flanco de las tropas, cortando la columna como si fuera un hilo sin dar tiempo á que se concentren los soldados para socorrerse mutuamente.

»Braddock se sonrió como compadeciéndose de mi ignorancia, y repuso:

»Esos salvajes serán ciertamente un formidable enemigo para vuestra bisoña milicia americana; pero tratándose de las disciplinadas y aguerridas tropas reales, no es posible que nos inspiren temor alguno.

»Comprendí que era impropio seguir discutiendo con un militar sobre asuntos de su profesion, que naturalmente debia entender mejor que yo, y no quise proferir una palabra más.»

El resultado vino á demostrar desgraciadamente en tal ocasion, que el filósofo juzgó con más acierto y perspicacia que el hombre de

guerra, entendido en la ciencia militar, aunque poseido de preocupaciones establecidas por la rutina.

Miéntras tanto, accediendo, por fin, á las repetidas instancias de Braddock, Washington se avino á servirle de ayudante de campo, lo cual juzgaba que le habia de proporcionar ocasion de estudiar el arte de la guerra bajo las órdenes de un jefe tan inteligente y experto.

«El único móvil que me induce á tomar parte en la lucha,—decia nuestro jóven en una carta que dirigió á sus amigos,—es el laudable deseo de servir á mi país, no los beneficios que pudiera alcanzar bajo el punto de vista lucrativo. Me lisonjeo de que se me considerará como un voluntario, y por lo tanto no espero una recompensa, ni aspiro tampoco á obtener mando alguno, puesto que no está al arbitrio del general Braddock el darme un nombramiento que por otra parte nunca aceptaria.»

En vista de que trascurría el tiempo y las tropas avanzaban muy lentamente, Braddock consultó el parecer de Washington. Este le aconsejó que siguiera adelante con una division armada á la ligera, encargando al coronel Dunbar de formar la retaguardia con el resto de las tropas.

Aceptado el consejo, Braddock se puso en marcha con mil doscientos hombres y diez piezas de artillería de montaña, aunque sin hacer aprecio de las advertencias de su ayudante respecto á precaverse contra las emboscadas de los enemigos.

Habia tardado un mes en recorrer cien millas, y faltábanle aún unas quince para llegar al fuerte Duquesne, que era su objetivo. Al día siguiente debia darse el ataque, y Washington pidió que se le permitiese destacar á los exploradores de Virginia para que examinasen los pasos peligrosos que aún tenian que atravesar; pero recibió una rotunda negativa.

Curioso espectáculo fué el que ofrecieron al siguiente día, 9 de julio de 1755, la pompa y aparato militar con que aquellas tropas, cual si estuvieran de gala, pusieron en marcha para dirigirse á Monongahela, al toque de cornetas y tambores, con la bayoneta armada y sueltas al viento las banderas. Washington contempló deleitado la belicosa escena, y dicese que algunos años despues se le oyó repetir distintas veces que fué una de las más magníficas que durante su vida presenciara.

Cerca de las dos de la tarde serian cuando

las tropas acabaron de pasar el río. Llenas de confianza iban ascendiendo por una cuesta cubierta de altas yerbas y robustos troncos, y flanqueada por dos barrancos ocultos entre espesos árboles y pobladas malezas, cuando oyóse de repente una nutrida descarga. Confirmáronse los temores de Washington. Sorprendida y atemorizada la vanguardia al ver que iba perdiendo la mitad de su gente, diezmada por el fuego enemigo, retrocedió hasta reunirse con Braddock, que al oír menudear las descargas, avanzó con las fuerzas restantes. Los salvajes alaridos de los indios, la incesante y nutrida lluvia de balas y la imposibilidad de hacer frente al oculto enemigo, introdujeron muy pronto el desorden, la confusión y el espanto entre las filas, sin que lograran evitarlo los heroicos esfuerzos que por espacio de tres mortales horas estuvo haciendo el intrépido jefe. Habíanle muerto ya cinco caballos, y aún seguía animando á los suyos, cuando recibió un balazo que le atravesó los pulmones. Al sentirse herido de muerte, se empeñó en que le dejaran exhalar el último soplo de su vida en el mismo lugar de la derrota; pero sus soldados le condujeron á sitio más seguro, distante del campo de la lucha.

Los ayudantes de campo Orme y Morris, del mismo modo que Sir Peter Halket y su hijo cayeron también heridos mortalmente. Sólo Washington se mantenía ileso. Desplegó un valor extraordinario unido á una gran presencia de ánimo, llevando y trayendo las órdenes de su jefe, y á pesar de servir constantemente de blanco á las balas enemigas, matándole dos caballos y atravesándole por cuatro partes la levita, tuvo la suerte de no recibir ni un leve rasguño. Fué verdaderamente milagroso, y bien pudiera decirse que la Providencia le otorgó su protección, en aquella como en otras ocasiones, porque le tenía destinado á prestar mayores servicios á la causa de la libertad y á la independencia de su patria.

Cuentan algunos historiadores que, quince años después, en un viaje que Washington hizo al Occidente por las orillas del Ohio, un anciano y venerable jefe indio, salióle al encuentro á la cabeza de su tribu, y suplicó le permitieran verle, refiriendo que en la batalla de la Monongahela dispararon repetidas veces él y sus guerreros contra el comandante de Virginia, sin que las balas dieran en el blanco. Por lo que fiel á sus creencias y convencido de que el joven héroe se hallaba bajo la protección

del Gran Espíritu, cesaron de tirarle, y venía á la sazón á tributar homenaje al que el cielo librara en el campo de batalla de la muerte. Los hombres se complacen en pensar que la Providencia les deja presentir sus secretos designios. La relación del anciano jefe se esparció por América, y sirvió de argumento á un drama titulado: *La profecía india*.

Horacio Gates, que más tarde, durante la revolución, fué un general de nota, cayó también gravemente herido en la acción de la Monongahela; y aunque las fuerzas de la Virginia se batieron con la mayor bravura, todo fué inútil: el pánico se apoderó de las tropas, que se dispersaron en todos sentidos, huyendo á la desbandada, y abandonando bagajes y artillería al enemigo, que según vióse luego sólo constaba de un corto destacamento de franceses y soldados del Canadá, y unos seiscientos indios. Perecieron veintiseis oficiales, quedando treinta y seis fuera de combate, y contáronse de la clase de tropa más de setecientos hombres entre muertos y heridos, no pasando de sesenta las bajas que tuvo el enemigo.

El malogrado Braddock reconoció su error en no haber querido seguir los consejos de su prudente, aunque joven, ayudante, y sus últimas palabras, fueron: «¡Quién lo hubiera creído!» Washington rezó junto á sus restos mortales el oficio de difuntos.

Dunbar y el resto de las tropas dirigieron apresuradamente al fuerte Cumberland, y no quisieron detenerse hasta llegar á Filadelfia.

Aquella inesperada victoria no dejó de producir su efecto en las colonias, que comprendieron por primera vez que eran algo exageradas sus altas ideas respecto á la fuerza y poderío de las tropas inglesas.

Mientras el almirante Boscawen cruzaba la costa de Terranova para sorprender á la flota francesa, embarcábase en Boston un cuerpo de ejército de diez mil hombres con dirección á la bahía de Fundy. El territorio en que se hallaba aquella colonia francesa se había usurpado á la provincia de Nueva-Escocia.

No fué difícil arrojar al enemigo de dicha bahía; pero no se supo luego qué partido tomar respecto á los colonos, que en lenguaje, en religión y en afecciones eran aún franceses, y se temía que intentasen infringir las condiciones de neutralidad á que se habían sujetado. Reuniéronse los principales jefes para deliberar sobre este asunto, y al fin resolvieron expulsar á los colonos franceses, y trasportarlos á distin-

tas provincias británicas. Prevalcieron la crueldad y la traición sobre el honor y la lealtad, sin que los autores de tamaña injusticia demostraran compasión alguna. El 10 de setiembre fueron conducidos aquellos desgraciados al punto de embarque y arrojados á los buques destinados al transporte. Las mujeres vieron separadas de sus maridos y los hijos de sus padres, para ser conducidos á distintas colonias, sin esperanza de volver á reunirse. Sus tierras, sus cosechas, sus ganados, todos sus bienes, excepto el mueblaje de las casas, fueron declarados propiedad de la Corona, y para obligar á que se entregaran los que huyeron á los bosques, la tropa destruyó las nacientes cosechas, y entregó á las llamas los graneros y las casas con todo cuanto contenían. Cada colonia tuvo que recibir una parte de aquellos errantes prisioneros, y si bien algunos consiguieron encaminarse á Francia, al Canadá, á Santo Domingo y á la Luisiana, la mayoría murieron de pena en tierra extraña.

Shirley, que con motivo de la derrota de Braddock fué ascendido á comandante en jefe, dirigióse entre tanto á Oswego para avanzar hacia Niágara; pero los obstáculos, las enfermedades y el abatimiento de las tropas le hicieron abandonar la empresa, lo cual le valió una severa censura.

Johnson, que mandaba la fuerza expedida contra Crown Point, era un hombre notable por todos conceptos. Nacido en Irlanda, sus relevantes disposiciones, su imponente aspecto y agradables maneras le hicieron alcanzar gran influencia entre los indios, cuyo traje adoptó, y cuya vida parecía agradaarle en extremo. Mientras avanzaba con seis mil hombres en dirección al lago Jorge, el baron Dieskau, desembarcando en el extremo oriental de dicho lago, subía por Champlain con dos mil, y marchaba á su vez contra el fuerte Eduardo. Variando su plan de ataque, el jefe francés se propuso sorprender á Johnson; mas como acertara á encontrar en un estrecho desfiladero un cuerpo de tropas del Massachussetts, con unos cuantos indios mohawks, lo derrotó fácilmente, pereciendo en la lucha el jefe inglés y el indio, llamado comunmente el rey Hendrick (1). Dies-

(1) Hendrick era hijo de un jefe Mohegan, casado con una mujer de la tribu de los mohawks, y se distinguió entre las Seis Naciones, extendiéndose su fama hasta Massachussetts, donde en 1751 le consultaron los comisionados acerca del modo de educar á los jóvenes de su nación. En el encuentro con Dieskau, mandaba como jefe unos 300 mohawks. Era grave y sentencioso en el consejo, intrépido en la lucha, y son dignos de especial mención algunos de sus dichos. Cuan-

kau avanzó victorioso resuelto á atacar el campamento de Johnson; pero éste, protegido por su posición y fortificado con algunos cañones, resistió el ataque y rechazó al enemigo, causándole grandes pérdidas. Dieskau, mortalmente herido, fué hecho prisionero, y su gente apeló á la fuga en dirección á Crown Point.

A pesar de lo que todos esperaban, Johnson no quiso marchar contra este último punto; y aunque los colonos de Nueva-Inglaterra le tildaron de incapaz y poco enérgico, concretóse á hacer construir el fuerte William Henry cerca del último campo de batalla, y licenció las tropas.

Las colonias de Pensilvania, Maryland y Virginia se veían continuamente amenazadas por los indios, que, instigados por los franceses, hacían en ellas frecuentes incursiones. Morris, el gobernador de Pensilvania, excitó á la Asamblea á que facilitase medios para defender la frontera; pero hizo poco aprecio de tales indicaciones. Sin embargo, votó una suma de cincuenta mil libras para atender á la defensa pública.

La Asamblea de Virginia votó también cuarenta mil libras, y se dispuso que se consignaran trescientas para Washington, por su brillante conducta en la acción de la Monongahela.

Se organizó de nuevo el regimiento de Virginia, confiándose el mando á Washington y nombrando teniente coronel á Stephens, y púsose en marcha en dirección á Winchester, donde estableció el cuartel general.

El año 1755 no terminó muy satisfactoriamente para los que esperaban que abundara en grandes acontecimientos; y habiendo celebrado Shirley una junta en Nueva-York con los gobernadores de las colonias, les halló poco dispuestos á emprender nuevas expediciones contra los fuertes Duquesne, Niágara y Crown Point.

Cuando Washington, de regreso de un viaje que hizo á Boston, volvió á sus cuarteles, encontró que toda la frontera estaba alarmada por las frecuentes incursiones y atrocidades

de se propuso enviar un destacamento al encuentro del enemigo, y se quiso fijar el número de individuos que había de componerlo, dijo Hendrick:—«Son pocos para pelear, y demasiados para morir.»—Al indicarse la conveniencia de dividir el destacamento en tres grupos, el jefe indio cogió tres estacas y replicó:—«Poned las tres juntas y no las rompereis; tomad una sola, y os será fácil conseguirlo.»—Siguióse el consejo del viejo guerrero; pero no se observaron las precauciones que indicó, y esto fué causa de que Williams cayera en una emboscada. Hendrick fué un buen amigo de los blancos y mereció la amistad que le profesaron.